

I. Finales

En 2008 dejan de publicarse, después de 30 años, *Punto de Vista*; y, después de 17 años, *El Ojo Mocho*. En 2011, se publica el último número de *Diario de poesía*, que había comenzado a editarse en 1986; y en 2013, el último de *Confines* (luego, *Pensamiento de los Confines*), cuyo primer número es de 1995. El final de las cuatro publicaciones –hacia los últimos años de la primera década y comienzos de la segunda de este siglo– no puede soslayarse: no sólo por el rol dominante de esas revistas en el campo intelectual, cultural y político argentino, sino por las transformaciones que esos finales suponen de ese mismo campo en el que actuaron y cuyas intervenciones contribuyeron a conformar.

Punto de Vista constituyó un modelo indiscutible de revista que, de distintas maneras, pautó el modo de concebirse a sí mismas de las revistas culturales que la siguieron, ya para posicionarse frente a ella (incluso en los modos de nombrarse), ya para diferenciarse en sus intereses culturales y políticos (desde la revista misma como objeto material hasta los contenidos de sus números), así como ella misma no dejó de configurarse sobre el modelo de las revistas previas, *Sur* y *Contorno*. La metáfora del estrabismo, acuñada por David Viñas, para describir los posicionamientos culturales, se aplica en gran medida a todas ellas, pero tal vez no alcance ya a explicar las revistas del nuevo siglo.

Ese lugar modélico debería verse incluso en el título de tapa del último número: “30 años / 90 números / FIN”, con el que se declaró el final de la publicación, en un gesto programático propio de un “sujeto crítico” que se define y se reafirma en su autoexamen, y que reformula la historia de la revista, desde su final, como una gesta irremplazable en la batalla cultural (cf. Diego Peller, “El sentido de un final. Notas sobre el cierre de *Punto de Vista*”). En cambio, en los otros casos, los finales no estuvieron sujetos a decisiones soberanas, sino más bien a contingencias o a discontinuidades de diversos órdenes, que forman parte no sólo de sus cierres sino sobre todo del curso mismo de sus evoluciones.

En cierto modo, frente a ese modelo de revista cultural, de sobriedad modernista, de regularidad férrea en su periodicidad, y de extensión acotada, *El Ojo Mocho* encuentra su “principio formal” –en la tradición del ensayo a lo Martínez Estrada– en “la desmesura”: por las conversaciones extensas que abrían cada número, por la cantidad creciente de páginas en cada entrega, y sobre todo por la elección del paradigma de las artes como crítica, contra la sociología y la crítica académicas (cf. Pablo Luzuriaga, “*El Ojo Mocho*: ‘una sociología quizás artística’”).

Por su parte, *Confines*, una revista de orientación en principio más bien académica (por la relación de algunos de sus miembros con cátedras de la Facultad de Ciencias Sociales) y teórica (por su política de traducciones de pensadores alemanes, particularmente

frankurtianos, y también de filósofos franceses contemporáneos), demuestra en su transcurso una notable sensibilidad respecto de la coyuntura política, a partir de la crisis política de 2001, que impacta y “no deja indemne” el proyecto editorial. Ello se manifiesta en el modo de una “agregación” de temas (la cuestión argentina y latinoamericana) que coexisten, sin desvirtuarlos, con los intereses persistentes en el conjunto de los números (cf. Diego Caramés y Gabriel D'Iorio, “En los *Confinés*: veinte años de un proyecto intelectual”).

Por último, acotado a su campo, *Diario de poesía* se define no sólo en su formato de diario para la difusión de uno de los “géneros” menos masivos de lo literario, sino incluso en la necesidad de formulación de un programa estético que no se realiza sino en la búsqueda misma de esa definición a lo largo de los números. En ese proceso, la revista configura un nuevo objeto, la poesía de los ‘90 (cf. Silvio Mattoni, “*Diario de poesía*: un reportaje universal”).

Emilio Bernini